

sinó que también era la tesorera de todo el capital de cultura, y era natural que al convertirlo en moneda acuñada grande ó pequeña empleara el troquel eclesiástico, como también que intentara y lograra poner en todas partes su generalidad universal en lugar de las particularidades nacionales. No había que pensar en una resistencia por parte del germanismo, disgregado, errante durante varios siglos, contra el romanismo eclesiástico, compacto y conoedor de sus fines. Lo que la Roma cesárea no había conseguido, logrolo la Roma papal: la sumisión de los germanos. Aceptando al Dios ajeno y su culto, los germanos aceptaron también la civilización que los sacerdotes de ese Dios les enseñaban é imponían. Así empezaban en la tierra alemana los trabajos de la civilización romano-cristiana; pero el romanismo no podía sustituirse al germanismo tan completamente que no subsistiera un germen fuerte de nacionalismo alemán del cual se desarrolló más tarde, en la Edad Media, la oposición tenaz de los alemanes contra Roma. Mirando más de cerca, encontraremos que esta oposición, esta repugnancia instintiva de raza contra todo lo romano, existía ya en la época de las invasiones, manifestándose en la manera notabilísima como se desarrolló la poesía épica nacional de los alemanes; éstos no abandonaron tan completamente á sus héroes indígenas por los santos extraños que habían querido imponerles ya por la fuerza, ya por la persuasión.

Precisamente en el período de las grandes conversiones al cristianismo las tradiciones nacionales deben haber adquirido su forma constante por el cultivo cariñoso por parte de los vates y trovadores errantes, y por la correspondiente afición del pueblo. Las figuras de estas tradiciones antiguas y antiquísimas (borgoñonas, hunas, ostrogodas, friso-dano-normandas, escandinavas, longobardas) respiran todas, hombres y mujeres, el lozano vigor y la indómita pasión de la época de las invasiones, y de todas ellas resuena el estruendo de las armas de aquellas luchas gigantescas que destruyeron un mundo decrepito despejando el puesto para otro nuevo. La memoria del pueblo conservaba fielmente durante muchas generaciones el recuerdo de sus antiguos héroes y heroínas nacionales, transmitiéndolo á la poesía épica de la época estáufica que dió á las figuras de hierro un barniz romano-cristiano y las revistió del traje caballeresco. Pero la naturaleza germánico-pagana asomaba siempre de nuevo á través de la capa romántica, y el que sabe leer esos antiguos cantos heróicos no dejará de oír el susurro de los bosques germánicos ni de ver en el crepúsculo de los tiempos como los hijos de los hombres pretenden la mano de las Valquirias y como en la aurora presagio de las tempestades de la incipiente Edad Media los torrentes de armisonos germanos se precipitaban de lo alto de los Alpes sobre la tierra hespérica para ejecutar los fallos del destino pronunciados contra Roma.



CORTE DE CARLOMAGNO.

II

Época Carlovingia.

Cuando las ideas que sostienen una nueva época del mundo han madurado poco á poco; cuando la satisfacción de las necesidades de una época se ha hecho inevitable é imprescindible, suele levantarse en medio de sus contemporáneos un hombre poderoso que concentra en sí sus aspiraciones y tendencias, sus impulsos buenos y malos, su codicia y su vigor; un hombre con la cabeza de regente y la mano de criador, conociendo claramente lo que los demás sólo vislumbran; quien acomete resueltamente aquello á que los demás se acercan con timidez; quien opera con el hierro y el fuego cuando otros recetan ungüentos y cataplasmas; uno que cierra lo pasado y abre lo porvenir, llevando en una mano la espada de la conquista, y en la otra el arado de la civilización; un atormentador al mismo tiempo que bienhechor de la sociedad, un déspota de la cultura que labra vigorosamente el campo de su época y siembra buenamente semilla de una civilización nueva en los surcos, no vacilando, por otra parte, en abonar el suelo con centenares de miles de cadáveres. Los caracteres principales de semejantes hombres predestinados son su perspicacia que abarca lo más grande como lo más pequeño, aptitud de mirar con el mismo interés lo más alto y lo más bajo, la incansabilidad con que cuidan de todo, la circunspección cautelosa y la acción rápida, la indiferencia moral, ó mejor dicho inmoral, en cuanto á los medios cuando se trata de alcanzar un grande objeto, el rígido realismo en la consideración, en la apreciación, en el uso y consumo de los hombres y de las cosas, y por

otra parte una fuerte dosis de esta fé en lo ideal sin la que no es posible llevar á cabo nada grande; en fin aquello misterioso, inexplicable, diabólico, que poseen los personajes predestinados, y que hace que las gentes se inclinen hácia ellos, quieran ó no quieran.

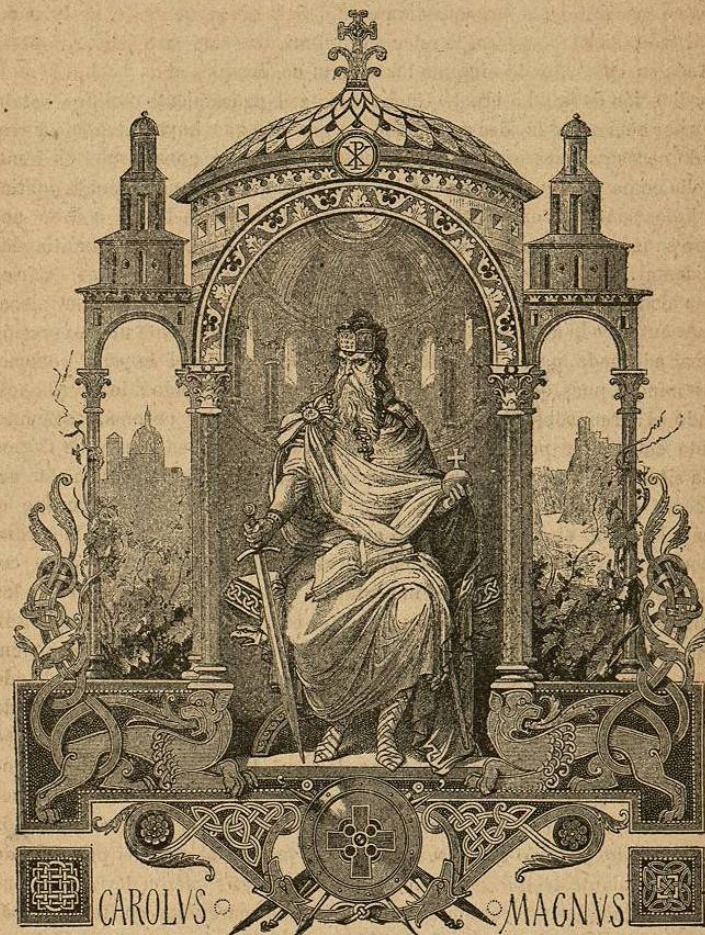
A esta clase de hombres pertenecía el franco Carlos de la familia de los Pepinidas, al que la leyenda ha tomado por favorito, al paso que la historia le ha adornado con el epíteto de grande, esta vez bien empleado, en trueque de las otras muchas veces en que tal calificación es abusiva.

Su padre Pepino le había preparado el terreno, especialmente por la organización y consolidación de una aristocracia nueva, que bien puede llamarse burocrática en oposición á la antigua nobleza hacendada que perdía cada vez más su preponderancia. Pero sólo desde el año 771, en el cual Carlos, después de la muerte de su hermano Carlomano, quedó único soberano del reino de los francos, data una época nueva que bien puede llamarse carlovingia según el nombre del gran regente que le imprimió el sello de su individualidad. Nos ha sido trasmitido un retrato fiel, no pintado sinó escrito y escrito por la mano experimentada de Einhart, ministro de fomento, como diríamos hoy, de la personalidad de aquel hombre grandioso. Sabido es que Einhart, del que su célebre amigo Rabano Mauro decía con elogio, que era experto en el habla y tan inteligente como honrado, ha escrito una biografía latina de su amo, trazando en el capítulo XXII el siguiente retrato:

«Carlos era de constitución robusta y fornida, de estatura elevada, pero que no excedía la proporción debida, puesto que su altura era siete veces la longitud de su pié, redondo su cráneo, sus ojos muy grandes y vivos, su nariz algo más que mediana, su cabello dorado rubio y su rostro jovial y afable. Su figura ofrecía, tanto sentado como de pié, un aspecto muy grave é imponente; su paso era firme, la actitud del cuerpo siempre varonil y la voz clara. Vestía á la usanza del país, llevando sobre el cuerpo una camisa de hiló y calzoncillos de lo mismo, encima un jubon guarnecido con cintas de seda y pantalones; en las piernas llevaba cintas y en los piés zapatos; en invierno abrigaba los hombros y el pecho con un gaban de piel de cebellino ó de foca, encima de todo llevaba un manto verde mar y la espada, cuyo puño, al igual que el tabalí de que la llevaba colgada, era de oro y plata, y no le abandonaba nunca. En los días de ceremonia lucía traje de brocado de oro y zapatos guarnecidos de piedras preciosas, manto sostenido por broche de oro y en la cabeza una diadema de oro y pedrería.»

En las batallas y las conquistas de Carlos no nos hemos de ocupar; para nuestro objeto basta recordar que hubo de luchar enérgicamente durante largos años para levantar el edificio que con alguna exageración suele llamarse la «monarquía universal carlovingia.» Extendíase el reino desde el Tiber y el mar del Norte hasta el Ebro y el Garigliano en la dirección de Norte á Sur, y desde el Elba y el Teis hasta el Océano atlántico en la dirección de Este á Oeste, comprendiendo en sus límites á todas las tribus germánicas con excepción de los anglo-sajones de Inglaterra y los normandos de Escandinavia. Mucho trabajo y mucha sangre costó el hacer entrar en el

marco de este reino á los sajones que tampoco querían admitir el cristianismo, y de mucha trascendencia para los siglos posteriores fué el hecho de avanzar Carlos las fronteras del germanismo hácia el Oriente. En las márgenes



CARLOMAGNO.

del Saale, del Elba, del Hável y del Raab mandó construir fortificaciones y estableció colonias germánicas para oponer una valla sólida al eslavismo, y dos de esas comarcas fronterizas han llegado á desempeñar más tarde un papel decisivo en la historia de Alemania: la comarca del Nordeste, de la que

se desarrolló el Estado brandenbúrgués, y la del Sudeste que dió principio al reino del Este, Austria.

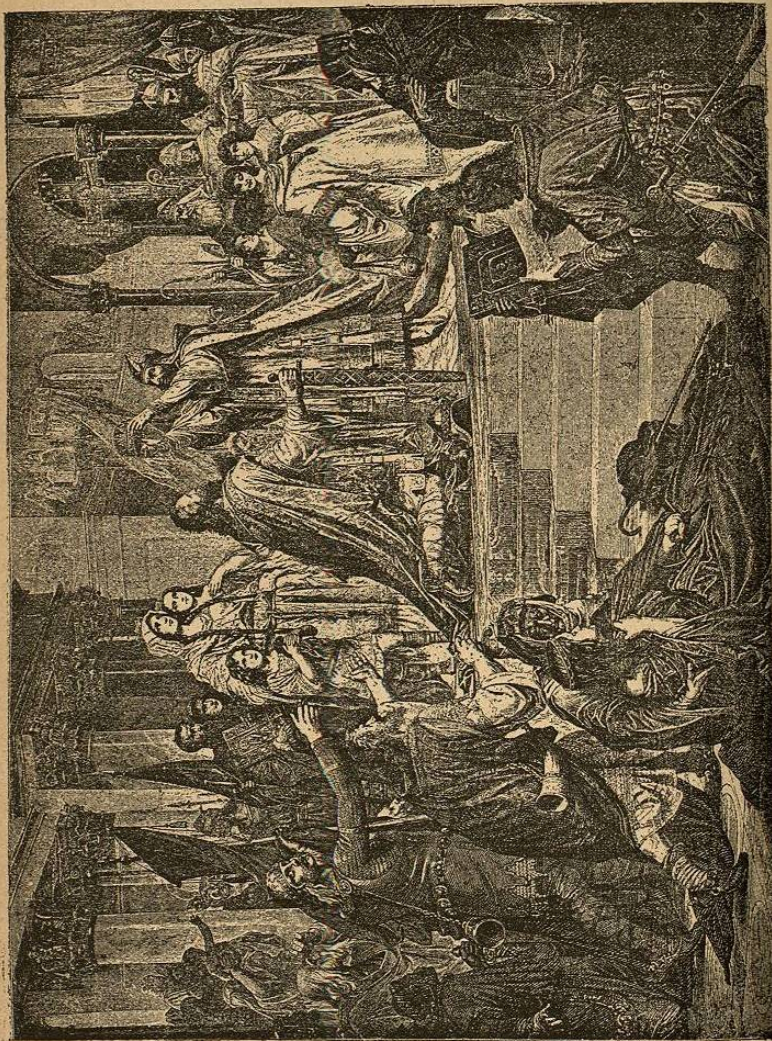
El pensamiento fundamental en que Carlos basó el edificio de su imperio era la unidad religiosa y política del germanismo, ó más breve, el cristianismo y la monarquía. Era preciso inponer las dos cosas, y las dos fueron impuestas mediante una organización completa y consecuente de la Iglesia y del Estado, siendo, empero, la relación mútua de los dos para Carlos, á pesar de toda su «piedad,» de ninguna manera, ni de derecho ni de hecho, la de la coordinación de igual á igual. En su mente el pensamiento político estaba muy por encima de la idea eclesiástica y por más que haya intentado y realizado cosas grandes en favor de la Iglesia, siempre se consideraba en frente de ella como amo y soberano. Su intención era que la concentración política y religiosa de las fuerzas del germanismo sirviera para llevar á cabo una empresa más grande aun, la unificación político-religiosa de la cristiandad occidental. Realmente estando aun en el pleno goce de sus fuerzas, Carlos había alcanzado casi el fin de sus aspiraciones y por esto se hallaba plenamente autorizado á dar á su posición de dueño del Occidente una expresión formal adecuada, pareciéndole tal el restablecimiento del Imperio romano. Determinose, pues, que se renovara el Imperio transfiriéndolo á los germanos, siendo el gran soberano de los francos proclamado y coronado solemnemente emperador por el papa Leon III, quien estando en frente de Carlos en la situación de un servidor necesitado y obediente, desempeñó en este acto, como quien dice, el papel de gran maestro de ceremonias; porque el cuento de cómo el papa sorprendió al rey poniéndole de improviso la corona imperial, no es más que una patraña. Al contrario, el acto político de la coronación, que ciertamente fué de importancia trascendental en el curso de los destinos alemanes, fué preparado y puesto en escena con gran esmero y según todas las reglas de la diplomacia de entonces. En la época de la transición, de 799 á 800, hallándose en Roma con gran séquito, Carlos quiso ser elegido emperador por el senado, clero y pueblo romanos, así como por el «senado de los francos», es decir, los grandes de su nación. En aquellos tiempos se sabía ya como hoy manejar la máquina electoral. Una grande asamblea compuesta de «senadores», obispos, abades, y «el resto del pueblo cristiano», según se expresa el antiguo cronista, eligió al rey de los francos emperador del resucitado Imperio romano. Luego se le apuntó al papa el principio de su papel brillante del que ciertamente sus sucesores supieron derivar pretensiones exorbitantes. Ya entonces sabían á las mil maravillas en Roma preparar y ejecutar las funciones eclesiásticas con grandísimo aparato. Habíase procurado que el día de Navidad hubiese un público numeroso en la basilica de San Pedro, mientras Carlos estaba arrodillado ante la pretendida tumba del Apóstol. En solemne procesión acercose León III y colocó una corona imperial en la cabeza del rey de los francos, quien con bien fingida sorpresa iba á levantarse. Los grandes y el pueblo, los clérigos y los legos se levantaron precipitadamente, alzaron las manos y prurumpieron en la exclamación: «¡Viva el piadosísimo Augusto Carlos, emperador de los romanos, grande y

pacífico, coronado de Dios!» Después el papa ungió al nuevo emperador, púsole el manto imperial sobre los hombros y besole la boca.

Este acto político capital era el coronamiento del edificio monárquico de Carlomagno; era la consecuencia lógica de todo su ser y obrar; había sido proclamado solemnemente soberano del Occidente; el imperio estaba renovado en manos germánicas. Mucho honor y poco provecho; mucho ruido y pocas nueces. Mientras Carlomagno empuñó el cetro, la dignidad imperial fué una verdad; pero con su muerte se convirtió en mentira, en ilusión peligrosa para el pueblo alemán, porque buscando su centro de gravedad fuera del propio país, hizo despilfarrar durante muchos siglos las mejores fuerzas de los alemanes tras el espectro del Imperio romano-germánico, sacrificando la organización interior del estado alemán al esplendor fugaz y como soñado de la soberanía del Occidente. Un provecho real y duradero de esta farsa entre Carlos y León, resultó solamente para la Sede romana, siendo muy importante para esta la circunstancia de abolirse por la renovación del Imperio romano la tradición de la supremacía de Bizancio sobre Roma é Italia. Más tarde los «sucesores de Pedro» y vicarios de Cristo supieron interpretar el papel puramente ceremonial que el papado había desempeñado en la coronación de Carlos por emperador, de tal manera, que podían sacar la conclusión y la doctrina de que el imperio romano renovado descansaba en la igualdad de papa y emperador («concordia sacerdotii et imperii») mientras que más tarde se deducía de aquel papel un cambio completo de las primitivas relaciones entre el Estado y la Iglesia, convirtiéndose la subordinación de ésta bajo aquel poco á poco en una supremacía. El papa, decían, ha regalado espontáneamente al franco Carlos la corona imperial romana, por lo tanto podía regalarla, y como no se puede regalar sino lo que á uno le pertenece y de que se puede disponer libremente, esta donación prueba que el papado es la condición previa del imperio; sin papa no hay emperador, pues el papa es quien le hace; por consiguiente el Sumo Pontífice está por encima de aquél como el Criador sobre la criatura. Los grandes papas de la Edad media aplicaron esta teoría con energía y buen éxito.

A la grandiosa manifestación de poder de Carlos en el exterior correspondía también su actividad como hombre político y fomentador de la civilización en el interior de su reino. Esto no quiere decir que su modo de obrar en los dos conceptos no se preste á la crítica, al contrario; pero si se tiene en cuenta la magnitud de la tarea, lo gigantesco del trabajo que ese hombre había de llevar á cabo, lo que realizó no puede dejar de llenarnos de admiración y asombro. En efecto, fué uno de los arquitectos más ingeniosos, más perseverantes y más enérgicos que han trabajado en el edificio de la humanidad, manifestándose como verdadero maestro aun por el hecho que durante toda su vida fué también aprendiz, es decir, que para aprender nunca fué perezoso ni orgulloso.

Como instrumentos de que había de valerse preferentemente, Carlos encontró por un lado al clero católico y por otro una aristocracia compuesta de la nobleza militar procedente de la época de las invasiones («gasindi, leudes,



CORONACIÓN DE CARLOMAGNO.

vasi»), y de la nobleza cortesana que se había ido desarrollando simultáneamente con la monarquía germánica (ministeriales). La antigua nobleza, que residía en sus haciendas alodiales, no había desaparecido aun del todo, pero había disminuido mucho y tenía para Carlos menos importancia que la nueva nobleza de servicio que aceptaba los destinos cortesanos y políticos con mejor voluntad que aquella en la cual se continuaba aún por mucho tiempo la oposición germánico-pagana contra el poder real. El rey no tenía que preocuparse con esta aversión, pues el manejo de la institución de los beneficios y feudos ganaba numerosos partidarios á la monarquía. El reino por la gracia de Dios, es decir, la idea de que el poder real era una delegación directa del poder divino produjo la pretensión de ser el rey, por la gracia de Dios, el propietario supremo de todo el territorio. De esta manera podía crear, perjudicando frecuente y duramente á los antiguos señores alodiales, todo un ejército de señores feudales adictos, otorgando á la nobleza nueva unas tierras, *feudos*, por los cuales los agraciados, los feudatarios, habían de prestar determinados servicios cortesanos, políticos ó militares. La obligación de formar parte del ejército real impuesta por Carlos con mano de hierro á los señores alodiales, lo mismo que á los feudales y exigida inexorablemente de todos los propietarios libres, debiendo cada uno armarse y mantenerse á sus propias expensas, no podía dejar de ser ruinoso para la antigua clase de labradores libres en las pocas comarcas donde todavía existían restos de ella. En vista de la imposibilidad de cumplir los deberes que se les imponía como á libres, muchos de los pequeños propietarios entregaron su hacienda á un gran señor seglar ó eclesiástico, recibéndola otra vez en calidad de feudo. Así empezó la servidumbre labriega, continuando como regla durante toda la Edad media, mientras que los labradores libres eran muy excepcionales.

La libertad comunal germánica y las instituciones federales consiguientes desaparecieron, quedando reemplazadas por un orden político burocrático centralizador. Todo el imperio fué dividido en cantones, teniendo al frente á un conde, quien durante la paz era el administrador y el juez y en la guerra mandaba las tropas cantonales. Cada mes reunía á los regidores para constituir tribunal. La administración de justicia se hacía aún en las antiguas formas, pero ya con limitación de la publicidad, celebrándose los juicios no ya al aire libre, sino en local cerrado. También desaparecían cada vez más las antiguas multas y maneras de expiación, introduciéndose en cambio un sistema complicado de castigos de cuerpo, vida y honra. Lo que para el cantón era el conde cantonal (*Gaugraf*) era para la centuria ó común el conde centenario, llamado (*Centgraf*). A las comarcas fronterizas, las marcas, estaban propuestos los marqueses (*Markgraf*). Por medio de condes misivos (*Missi*) que cada tres meses recorrían las comarcas, el rey ejercía la inspección sobre la administración política y jurídica. Chambelanes, llamábanse los administradores de los bienes reales, con cuyos productos se sufragaban principalmente los gastos de la casa y corte de Carlos; pero había además otras fuentes de ingresos, como las contribuciones en productos naturales de los feudatarios, los derechos y las multas judiciales. Los empleados que viajaban como

los ejércitos reales en marcha eran mantenidos gratuitamente por las comarcas respectivas. Sin duda, Carlos fué también el fundador de una especie de sistema de contribuciones, pues supo convertir en deber anual constante el regalo voluntario de ganado y frutos del campo que los germanos solían ofrecer de vez en cuando á sus caudillos.

Lo que hoy suele llamarse «ministerio ó gabinete» no existía en el Estado carlovingio de nombre, pero sí de hecho. Ciertamente, los que ocupaban los destinos cortesanos superiores, como el conde palatino, el chambelán, el senescal, el prefecto de la caza y el halconero, no eran más que empleados de palacio propiamente dicho, pero el archicapellán ó gran limosnero podía representar perfectamente el ministro de cultos, el archicanciller el ministro de Estado y de Gobernación, el tesorero superior, el ministro de Hacienda, el juez superior de la Corte, el ministro de Justicia y el bibliotecario superior, el ministro de Fomento. Carlos, maestro en el arte de conocer y gobernar á los hombres, supo asimismo hacer uso según su conveniencia, de un constitucionalismo aparente como medio de gobierno. Sabía el poder de la apariencia que á los ojos de la multitud reemplaza perfectamente la esencia. Así es que dejaba subsistir un simulacro de la antigua soberanía del pueblo, que consistía en la asamblea general de los señores alodiales y feudales, que se reunía cada año en primavera y en otoño para aceptar ó rechazar las leyes propuestas por el rey. La junta primaveral, el «campo de Mayo», era especialmente solemne, pero no dejaba de ser una simple ceremonia, pues las discusiones y votaciones se hacían por arreglo burocrático. Le era permitido á la asamblea general votar lo que al rey le convenía. En apariencia toda la legislación era el resultado de los «campos de Mayo», en realidad, tal como nos ha sido transmitida en la célebre colección redactada en latín, los *capitulares* eran unos decretos ú órdenes reales dadas por Carlos conforme al consejo de sus ministros. Admitiendo su principio político, hemos de admirar á Carlos como á legislador, como modelo de «déspota ilustrado». Se metía en todo, todo lo quería arreglar y gobernar. Al lado de una importantísima prescripción en el ramo de Hacienda, encuéntrase un artículo que prohíbe á las monjas que «copien canciones amorosas y se las comuniquen unas á otras». Carlos vigilaba y ordenaba la vida de sus súbditos desde el nacimiento hasta la muerte. En la capitular de 789, prohibió también la quema de los cadáveres, sepultura pagana que los germanos conservaban tan tenazmente, que Carlos la conminaba con la pena de muerte para complacer á la Iglesia cristiana, que se creía obligada á aborrecer la incineración como atentatoria á la resurrección de los cuerpos.

Eso de complacer á la Iglesia era el fuerte del gran rey y emperador; y no podía ser de otra manera, porque él necesitaba de la Iglesia no ménos que esta de él. El gobierno político y el eclesiástico eran un verdadero negocio mútuo. La Iglesia daba á la monarquía autocrática la bendición de institución divina; el Estado, es decir, la espada conquistadora de Carlomagno, ayudaba á la Iglesia á llevar á cabo la cristianización de las tribus germánicas, dotándola además largamente de tierras y gentes inmunes de todo impuesto y asegurándole por medio de una ley del Estado el diezmo, tomando por ejem-

plo el Antiguo Testamento. Siendo esto así, el cristianismo, es decir, el clero y la jerarquía, prosperaban á las mil maravillas en la tierra germánica. Los arzobispados, obispados, abadías, iglesias y capillas, parecían brotar del suelo, y las mil y mil mallas de la red romana iban oprimiendo á los pueblos germánicos. Los arzobispos, obispos y abades no tardaron en ocupar la primera fila de los vasallos de la corona y de los barones del reino, perteneciendo estos preladados, por lo demás, por su nacimiento á la aristocracia, que comprendió en seguida y aprovechó en grande escala las ventajas de meter á sus hijos menores bajo la ínfula. La Iglesia se gobernaba por el derecho romano, debiendo, empero, hacer, todavía provisionalmente, varias concesiones á las ideas jurídicas indígenas. Para el clero alto el tribunal supremo de la Corte era el juzgado competente, haciendo, empero, los obispos de regidores para dar el fallo; al clero inferior, generalmente el atento y seguro servidor del alto, le juzgaba el obispo de la diócesis en lo espiritual como en lo mundano.

En aquella época el alto clero, lo mismo que el bajo, tenía mala fama por sus costumbres disolutas, presentando también el matrimonio de los clérigos la corrupción del matrimonio de los legos mencionada más arriba. Pero todo esto no perjudicaba la autoridad de la Iglesia; su política astuta, flexible y sin embargo firme en los principios, su disciplina rígida, su riqueza, su dominación de los ánimos por medio de la superstición, hacían que esa institución romana fuese una potencia, y grande, en Germania.

Pero el cristianismo romano era al mismo tiempo una potencia civilizadora, especialmente por medio de los frailes que llevaron á cabo en el territorio alemán, cosas verdaderamente admirables por misioneros cual Columbano, Emerano, Galo, Fridolin, Firmin y otros. Fruto de la fantasía oriental, el monaquismo cristiano, como todo el mundo sabe, pareció por primera vez en grande escala en Egipto, de donde pasó al Occidente, pero no sin experimentar muchas alteraciones. En Europa, y sobre todo en el Norte, no es posible vegetar en contemplativa pereza y en media ó completa desnudez como los faquires indios y los anacoretas egipcios; allí el hombre necesita de habitación, de vestidos, de comida y bebida abundante. La perezosa negación oriental del mundo de los frailes cristianos se convirtió, pues, en asidua lucha con el mundo occidental, y en los primeros siglos de la cristianización del pueblo alemán los frailes fueron trabajadores en el mejor sentido de la palabra, verdaderos zapadores de la civilización. Benito de Nurcia, el ermitaño extático de Subiaco, el fundador práctico del célebre convento de Monte Casino (en el año de 529), dió forma sólida y normas constantes al monaquismo romano occidental. Conforme á esta regla «benedictina» vivían y trabajaban también las comunidades monacales más antiguas de Germania, siendo sus principios á veces bastante pobres, como demuestra, por ejemplo, la historia de la fundación de uno de los conventos alemanes más antiguos y más célebres: el de San Galo.

Su fundador, el irlandés Galo, había venido á Alemania en calidad de misionero á principios del siglo VII, en compañía de Columbano, canonizado más tarde como él mismo. Después de trabajar muchos años en las comarcas del

lago de Constanza, sufriendo toda clase de contumelias en su actividad de misionero, deseó á su vejez retirarse á la soledad de los bosques y fundar allí una ermita para sí y otros religiosos de la misma órden. Convaleciente de una enfermedad grave gracias á los cuidados de su amigo el sacerdote Vilimar de Arbón, le fué señalado como lugar apropiado para una ermita silvestre por el diácono Hiltibold, el valle elevado, atravesado por el torrente Steinaj, detrás del cual se eleva el Sentis. Acompañado del diácono conocedor del país, el viejo misionero sube la montaña, descansa en un punto donde el Steinaj se precipita furioso sobre las peñas, y como al pasar por el valle se había clavado una espina en el pié, consideró esta circunstancia como indicación del cielo que debía establecerse allí. En seguida fabricó una cruz con las ramas de un avellano, la plantó al lado de la cascada, suspendió en ella el reliquiario que llevaba siempre consigo, consagrando así y con oraciones aquel punto. San Galo estaba fundado; pero á la fundación real debía preceder un milagro, según el espíritu tradicional de entonces. Galo, habiendo vuelto á Arbón para despedirse de Vilimar, encontró allí á unos enviados del duque alemán Gunzo rogándole que fuera á Ueberlingen donde la hija del duque Frideburga, yacía enferma pidiendo por el santo varon para que con sus oraciones la librara de su mal. Galo siguió al llamamiento, verificó el milagro pedido y recibió en recompensa, por mediación de Frideburga, y como regalo del rey francés Sigeberto, el valle donde quería establecerse y además dos libras de oro y dos talentos de plata, pues también para las «fundaciones» del siglo VII hacía falta dinero.

Después de rechazar un llamamiento para ocupar la Sede episcopal de Constanza, Galo empezó á trabajar en su fundación del valle de Steinnaj, ayudado por el duque Gunzo. Hizo talar el bosque alrededor del punto consagrado y en el claro erigió un modesto conventito, construido de madera y compuesto de una pequeña iglesia (*oratorium*) y una casa habitación y taller (*oficina*) para los frailes, que al principio eran muy pocos. El fundador mismo, murió en Arbón en 640, de una calentura, muy viejo y muy venerado, mas aun después de muerto no dejó de ser útil al nuevo establecimiento; su cadáver fué llevado al conventito de su nombre y sepultado en él, al lado del altar. Naturalmente, «el santo cuerpo» no tardó en adquirir fama de obrar milagros, de modo que no podía dejar de suceder que de cerca y de lejos el pueblo cristiano de Alemania peregrinara á la celda de San Galo. Los romeros, naturalmente, no venían con las manos vacías y con la fama del convento iba aumentando sus posesiones, pero también hubo de experimentar varias calamidades escapando apenas á la ruina y empezando á florecer solamente bajo el reinado de 40 años de S. Otmar (de 720 á 760), quien debe considerarse como el primer abad verdadero de San Galo. El convento fué ensanchado considerablemente y embellecido, siendo muchas ya las tierras que le pertenecían. En los antiguos documentos se hace mención ya de un palacio especial del abad, habitaciones de los operarios y una escuela en la cual se enseñaba á alumnos externos, es decir, á muchachos y jóvenes no destinados á la vida monacal. También la modesta capilla de madera fué reemplazada por una iglesia de piedra en cuyo

coro, entre el altar principal y el ábside, fué colocado en un sarcófago de piedra, el cuerpo del fundador de San Galo. Siguió otra temporada de oscuridad á consecuencia de la envidia de los obispos de Constanza que negaban á los frailes, entre otras cosas, la libre elección de sus abades, pero sin salir con la suya. Con el grande abad Gosberto, elegido en 816, empezó una época brillante para la fundación de San Galo. Gosberto, hombre prudente y enérgico, era un verdadero dechado de príncipe eclesiástico en el buen sentido de la palabra; quería hacer de su convento un establecimiento modelo y lo consiguió. Los edificios fueron renovados y ensanchados, y en lugar de la iglesia derribada se construyó otra más espléndida. El convento, rodeado de huertos, había de representar un mundo por sí sólo, satisfaciendo á todas las necesidades y fines religiosos, científicos, industriales y artísticos de aquel tiempo; debía ser al mismo tiempo un establecimiento de salvación para el cuerpo y el alma, hospital, albergue, escuela, biblioteca y taller, y todo esto, San Galo, lo fué efectivamente. El abad Gosberto debe ser considerado también como fundador de esa biblioteca, que aun hoy goza, con razón, de gran fama por sus tesoros antiguos, entre los cuales se halla aquel pergamino célebre, en el cual está trazado el plano de un convento modelo como se lo imaginaron los frailes de la primera mitad del siglo IX, por una mano tan experta, que se ha sospechado si sería obra de Eginardo, ministro de Fomento del emperador Carlomagno. Con todo, el abad Gosberto no edificó su convento conforme á dicho plano, trazado probablemente tan sólo como proyecto ideal para la construcción de conventos.

La fundación de San Galo, en las márgenes del Steinaj, nos da una idea del origen de los progresos del monaquismo alemán. No cabe duda de que en su época fué una bendición para el país, porque los conventos antiguos de Alemania eran otros tantos baluartes de la cultura. Los frailes talaban los bosques, conquistaban el terreno á las fieras, encauzaban los ríos, roturaban el terreno desierto, cultivaban prados y criaban ganado, establecían huertos para dedicarse á la horticultura, plantaban árboles frutales y convertían toda pendiente asoleada en viñedo. Así mismo enseñaban y practicaban las múltiples habilidades y artes de los oficios y abrían los primeros mercados á las puertas de sus establecimientos cuya paz estaba asegurada por el temor religioso. De esta manera prestaron no sólo grandes servicios al desarrollo agrícola, industrial y comercial, si que también fueron los maestros más antiguos del pueblo. Todo convento de alguna importancia tenía su escuela, en la cual, según las reglas del «trivio y cuadrivio», se introducía en el círculo del saber de entonces tanto á los propios novicios como á los alumnos externos. Una escuela monacal modelo era la que había fundado, en el año de 804, Rabano Mauro, uno de los hombres más eruditos de su tiempo. Seguían luego las escuelas de San Galo, Reichenau, Hirschau, Visenburgo, Corbey y otras. La lengua latina, como lenguaje de toda cultura superior, era el objeto preferente de la enseñanza de estas escuelas, y á la predilección de los monjes por el latín debemos principalmente la conservación, multiplicación y propagación de los tesoros de la literatura antigua. Sin embargo, la erudición y pedantería